# EL LABERINTO,

## PERIÓDICO UNIVERSAL.

### REVISTA SEMANAL DEL GLOBO Y DEL TIEMPO.

**SUSCRICION EN MADRID.**
Un mes, 8 rs.—Tres id., 20.—Seis id., 36.—Un año, 70.—El número suelto, 5 reales.

N.º 30. TOMO II.—LUNES 8 DE SETIEMBRE DE 1845.
**La redaccion está en la calle de Carretas, núm. 35, cuarto segundo.—El correo franco de porte.**

**SUSCRICION EN PROVINCIAS.**
Un mes, 10 rs.—Tres id., 28.—Seis id., 54.—Un año, 110.—Suscríbese en las librerías corresponsales de la casa.


RESUMEN.


Biografía. Thiers.—El primer amor de un rey.—Castillos de España.—La Cruz de Oro (continuacion).—Poesía por D. Francisco Zea.—Sucesos contemporáneos y Revista teatral.


## BIOGRAFIA.

## THIERS.

Hace ocho dias que ha pisado un hombre ilustre el recinto de la capital de España: su estatura es pequeña, su continente descuidado, su rostro denota expresiva viveza, movilidad continua: su espaciosa frente revela al hombre de superior talento: es fácil que por estas señas y por sus enormes anteojos le conozcais al primer golpe de vista. Debe su reputacion á las lides periodísticas, á las luchas parlamentarias, ha figurado tres veces como ministro, y como historiador ha puesto dos veces en movimiento al mundo literario. Su nombre se halla inscrito en el catálogo de los miembros de la Academia francesa, de los grandes oficiales de la Legion de honor; adornan su pecho casi todas las insignias y grandes cruces de Europa, y cuando recorre algun pais todos los periódicos insertan su diario de viaje y hablan de los establecimientos que visita y de las personas á quienes saluda, y de las espresiones que la dirige; no dá un paso de que no tenga noticia la córte de Rusia: el eco de su voz resuena en el gabinete de san James, en la quinta del Matusalem de la diplomacia, en las pagodas de la India, en las mezquitas de Constantinopla, en el Consejo de Mehemet Alí y hasta en las soledades del Estrecho donde Eugenio Sué hable la narracion de su última novela. No es culpa mia si despues de tan minuciosos detalles no han pronunciado mis lectores á coro el nombre de M. Thiers, y cuya insigne capacidad, grande ambicion y propicia suerte le han hecho recorrer en pocos años toda la distancia que divide la condicion mas oscura del renombre mas distinguido. Sus hiperbólicos panegiristas le proclaman como el único piloto capaz de empuñar el timon de la nave del Estado, como el Napoleon del sistema representativo. Sus exagerados detractores le apellidan arlequin político, Bosco de la tribuna.

Luis Adolfo Thiers vió la luz del mundo en Marsella el 16 de abril de 1797: pertenecia por su madre á una antigua familia de mercaderes y por su padre á la clase jornalera. Al reorganizarse la universidad ob-

tuvo una plaza pensionada por el gobierno en el Liceo Imperial de Marsella donde estudió al principio con aplicacion escasa y distinguiéndose entre todos sus condiscípulos en los últimos años. En 1815 pasó á Aix con el fin de cursar leyes, y allí conoció y estrechó relaciones con Mr. Mignet, que tambien hijo del pueblo, oscuro y desconocido se ha labrado una reputacion brillante como historiador y publicista.

Sin estudiar derecho mas que lo absolutamente necesario para no perder curso se consagraban ambos jóvenes con afanoso anhelo al estudio de la filosofía, de la historia y de la literatura. M. Thiers dotado de un alma ardiente y ambiciosa figuraba ya en las aulas como jefe de partido, peroraba contra la restauracion, traia á la memoria los triunfos de la república y del imperio, hacia que sus maestros le mirasen con desagrado, y con prevencion el comisario de policía; se granjeaba el afecto de sus camaradas, y contra viento y marea conquistaba el premio de elocuencia una vez y otra gracias á su ingenio y travesura.

Tratábase de un certámen promovido por la Academia de Aix, sirviendo de asunto el elogio de Vauvernagues: se le metió M. Thiers en la cabeza ganar el premio, y envió su manuscrito á la junta calificadora. Su trabajo era superior á todos, y hubiera alcanzado la palma á no haberse sabido ó adivinado su nombre, lo cual hizo que la Academia dilatára el certámen al año siguiente por no adjudicar el premio á aquel jacobino en miniatura. Cumplido otra vez el plazo volvió Thiers á presentar su manuscrito; de París se habia recibido uno que eclipsaba á todos los demas, y sin titubear fué premiado, aunque dando el *accesit* al que debia haberlo sido un año antes. Extraña sorpresa produjo en el ánimo de los académicos de las Bocas del Ródano al abrir el pliego, donde constaba el nombre del autor laureado, que era M. Thiers nada menos; pues por castigar á la Academia de su injusticia quiso divertirse chasqueándola, y lo hizo solo con tratar la cuestion bajo diverso punto de vista.

Despues de graduarse de licenciado en leyes, y de hacer algunos ensayos en el foro de Aix, se dirigió á París en compañía de Mignet, y con propósito de probar fortuna. Poco agradables fueron los primeros de su permanencia en la capital de Francia: no obstante, activo y emprendedor no convenia á su carácter ni á sus designios estarse con los brazos cruzados. Corria el año de 1823: M. Villele era ministro: acababa de ser espulsado Manuel de la Cámara de diputados, y de tocar al mas alto punto de popularidad en su patria. Desde luego comprendió Thiers el rumbo que bajo un gobierno aristocrático

debia seguir un plebeyo oscuro y ambicioso: se presentó á Manuel, hombre de carácter franco y de corazon abierto: éste le tendió la mano: le puso en relaciones con M. Laffitte, y fué admitido en la redaccion del *Constitucional*, periódico de gran nombradía entonces. Dotado Thiers del espíritu de la polémica, llamó la atencion por la osadía y vigor de sus escritos, y en breve pudo frecuentar los mas brillantes salones de la oposicion en casa de Laffitte, de Casimiro Perier, de Flahaut y del baron Luis, distinguido y célebre rentista. Así tenia ocasion de pasar revista á los antiguos restos de la Asamblea constituyente, de la Asamblea legislativa, de la Convencion nacional, del Consejo de los Quinientos, del Tribunado, á los generales del Imperio, á hombres, en fin, ilustres en todas las carreras: así adquiria datos auténticos para escribir la *Historia de la revolucion francesa* que ha inmortalizado su nombre. Obra tan notable hizo gran ruido, le valió algunos odios, y le granjeó muchas simpatías.

A poco ya no se contenta M. Thiers con la oposicion volteriana del *Constitucional*, órgano gastado y mohoso del antiguo liberalismo; necesita un elemento mas lozano, mas juvenil, mas democrático, y funda el *Nacional* en 1828. Entonces tuvo principio aquella lucha ardiente, hábil y obstinada que dirige M. Thiers contra el gobierno de la Restauracion, lucha cotidiana en que nunca abandona la brecha y acosa de contínuo al ministerio Polignac dentro del inflexible círculo de la Carta, no consintiéndole el bien ni el mal, la debilidad ni la grandeza, y atacando con un rasgo de pluma las usurpaciones de la congregacion y el desembarco en Arjel de las tropas francesas.

Tal era su situacion respecto del poder al publicarse las Ordenanzas de Julio. Todos los periodistas se reunieron la mañana del 26 de julio en la redaccion del *Nacional*, donde M. Thiers permanecia decidido á no abandonar el puesto. Allí se redactó una protesta y él fué uno de los primeros que estamparon una firma en que se aventuraba no menos que la cabeza. A las pocas horas tambien protestaba el pueblo en las calles á balazos. Despues de declarar M. Thiers que convenia atenerse á los medios legales se retiró á Montmorency volviendo á la capital el dia 29, ya concluida la lucha: una vez ganada tomó una parte activa en todas las medidas encarnizadas á reconstruir el trono, y el 30 de julio fué á Neully en comision de M. Laffitte para ofrecer al duque de Orleans la lugartenencia del reino.

Establecido el gobierno de 9 de agosto, fué nombrado Thiers consejero de Estado. No tardó en disolverse el ministerio de Julio, formado de prisa y con elementos incompatibles: querian el *statu quo* unos, otros movimiento, estos represion, aquellos tolerancia, y obtenido el triunfo por los últimos ascendió M. Laffitte á presidente del Consejo y Thiers á subsecretario de Estado, haciendo frente á una de las mas terribles crisis rentísticas de Francia en los últimos años. Por entonces le elegia el colegio de Aix diputado y se daba á conocer en la Cámara que le recibia con disfavor universal y marcado, pues se esforzaba en imitar á Danton y pronunciaba estudiadas frases para producir y queria pasar el Rhin y democratizar el globo.

No duró mucho el ministerio Laffitte, sucediéndole en marzo de 1831 M. Casimiro Perier, y Thiers se declaró acérrimo defensor suyo en la tribuna; transformacion súbita que ofendió á Laffitte, afligió á la izquierda, regocijó al centro y sorprendió á todos. Durante aquella legislatura el innovador Thiers fué adversario de todas las innovaciones: el propagandista y el guerreador abominó la guerra y la propaganda y proclamó en alta voz la necesidad de la fusion y del sosiego. Al discutirse la pairía hereditaria, viendo el ministerio los vivos ataques de que es blanco, la abandona: solo Thiers defendiéndola aparece mas ministerial que el mismo ministerio.

Quebrantado por las luchas parlamentarias, Casimiro Perier murió á poco y el 11 de octubre fué nombrado Thiers ministro de lo Interior, encargándose el mariscal Soult de la presidencia del Consejo. No podia ser la situacion mas alarmante: irritados los ánimos ardia en la Vendée el fuego precursor de las guerras civiles; Bélgica se veia amenazada: Thiers no titubea; dirige sus miradas al Oeste, punto el mas peligroso: alcanza el arresto de la duquesa de Berry y sofoca la lucha interior de este modo. Intenta en seguida el gobierno un atrevido golpe sobre Amberes, toma la ciudadela, y la independencia de Bélgica queda asegurada. Abierta la legislatura despues de estos triunfos robustece la fuerza del ministerio una grande mayoría.

Habia trocado M. Thiers la cartera de lo Interior por la de Trabajos públicos y Comercio. Se inaugura este nuevo puesto solicitando de las cámaras un crédito de cien millones para dar cima á obras de utilidad pública; y aprobado este crédito se vuelve á colocar la historia de Napoleon sobre la columna, se acaba el arco de la Estrella, se prosigue con actividad el edificio de la Magdalena, se levanta el palacio del muelle de Orsay, se trazan caminos, se abren canales, y ocupados millares de brazos anuncian el renacimiento de la industria.

A principios de 1834 presagiaba la sorda fermentacion del partido republicano una próxima borrasca; á fin de prevenirla presentó el gobierno la ley sobre asociaciones: sostúvola vivamente M. Thiers, no solo como necesidad accidental, sino como principio permanente de seguridad y público sosiego.

En atencion al estado de las cosas, M. Thiers, como el mas activo y enérgico de sus colegas, volvió otra vez al ministerio de lo Interior pocos dias antes de estallar la rebelion en Lyon y en Paris á principios de primavera: allí, acometidos desde las barricadas, cayeron de una descarga al lado de M. Thiers, el capitan Roy, y Armand de Vareilles, auditor del Consejo de Estado.

Indispusiéronse por esta época Soult y Thiers: aquel se retira: le sucede el mariscal Gerard, quien cede asimismo por resistir Thiers la ley de amnistía; y no atreviéndose todavía á la presidencia, renuncia su ministerio. Ascendió al mando por tres dias el ministerio Bassano, de que fué sucesor el mariscal Morthier, volviendo á encargarse Thiers del ministerio que habia desempeñado.

Al empezar la legislatura de 1835 se recuerda la cuestion de amnistía: se opone á ella Thiers con mas vigor que nunca. Enojado el mariscal Morthier de una presidencia nominal de algunos altercados con el ministro de lo Interior, dimite su cargo. M. Guizot propone al duque de Broglie para presidente del Consejo: Thiers lo rehusa al principio y despues lo acepta.

Al celebrarse las fiestas de Julio se hallaba Thiers al lado de Luis Felipe, cuando estalló la máquina de Fieschi. Este acontecimiento produjo la reunion extraordinaria de las Cámaras, y las leyes de setiembre restringiendo las atribuciones del jurado y las franquicias de la prensa; leyes votadas por una gran mayoría.

Tardó poco en encarnizarse la lucha entre Thiers y Guizot: éste y el duque de Broglie vuelven á la vida privada, y aquel asciende, en fin, al ministerio de relaciones exteriores y á la presidencia del Consejo. Hervia entonces mas enconada que nunca la guerra civil de España: se pensaba en intervencion: Thiers la apoyaba: Luis Felipe la contradecia, y los sucesos de la Granja la estorbaron: entonces dejó su puesto el ministro de relaciones exteriores é hizo un viaje de recreo á Italia.

Por el año de 1838 se conjuraron en contra del ministerio Molé todos los partidos, coaligándose por un momento para decidir la lucha y disputarse luego la victoria. De sus resultas quedó Thiers reducido á la condicion de diputado por no haberse querido someter á la presidencia del mariscal Soult, sino bajo la condicion rehusada por éste, de obtener la cartera de negocios extranjeros. Disuelto al cabo de nueve meses el ministerio Soult, y no habiendo podido sucederles Molé, Guizot ni el duque de Broglie, formó Thiers el gabinete en 1.° de marzo de 1840. Dominaba á la sazon á todos los ánimos la cuestion de Oriente: se habia firmado por las cinco grandes potencias, á 27 de julio de 1839 una nota, en que obligaban á arreglar juntas y de una manera definitiva la situacion respectiva del Sultan y del virey de Egipto, asegurando la *integridad* del imperio otomano. Acerca del modo de entender esta *integridad* disentian de pareceres Rusia, Inglaterra y Francia: para la primera integridad era su posicion en Constantinopla: para la segunda integridad era por una parte la abolicion del protectorado ruso en Constantinopla, y por otra la creacion de un protectorado inglés en Siria y en Egipto: para la tercera integridad era la abolicion del protectorado ruso y el mantenimiento del poder egipcio, en el que se reasumia, segun la expresion de M. Villemain en 1839, cuanto quedaba en Oriente de vitalidad musulmana. Thiers, Guizot, Dupin, Odylon Barrot, Berrier, se mostraban de acuerdo por la vez primera, y la Cámara declaró solemnemente que consideraba el mantenimiento de los derechos adquiridos por Mehemet Alí; posesion entonces de Egipto y de Siria, como una de las principales garantías de la integridad del imperio Otomano y de la conservacion del equilibrio europeo. Convenia Inglaterra en la abolicion del protectorado ruso; mas no queria adjudicar á Mehemet Alí como hereditario, sino el vireinato de Egipto y el pachalato de Acre sin la fortaleza; y Rusia, gozosa de este desacuerdo, preveia que cediendo momentáneamente en la cuestion de Constantinopla lograria romper la alianza anglo-francesa, que era su pesadilla hacia diez años.

Tal era el estado de cuestion tan complicada al empuñar las riendas del poder el ministerio de 1.° de marzo. Sabido es cómo terminó este asunto al cabo de cinco meses de negociaciones con el tratado de 15 de julio, celebrado sin la concurrencia de Francia. M. Thiers reunió las Cámaras, decretó la fortificacion de París, escribió la nota de 8 de octubre, y propuso al rey el armamento de novecientos treinta mil hombres: desechada la propuesta por el monarca, se retiró M. Thiers en 12 de octubre de 1840, cediendo su puesto á M. Guizot, que lo ocupa todavía, realizando con su inmenso talento un fenómeno que cuenta pocos ejemplares en los gobiernos representativos.

Sin dejar M. Thiers de tomar parte en las lides parlamentarias, se dedicó desde entonces á terminar su *Historia del Consulado y del Imperio*, de que ya van publicados cuatro tomos. Esta circunstancia, y la de hallarse en Madrid ahora, nos hace considerar como oportuna la publicacion de estos ligeros apuntes. De su obra hablaremos detenida y minuciosamente luego que trace el historiador los sucesos de la heróica lucha de la independencia española.

# EL PRIMER AMOR DE UN REY.

Tengo yo algunas afecciones, que entre muchísimos inconvenientes para mí, ofrecen algunas ventajas al prójimo, compensacion providencial en que yo pongo todo el gasto, y otros mas felices reportan sin afanarse el beneficio.

Una de mis aficiones consiste en rebuscar viejos legajos, y me sucede alguna vez, que bajo cien capas de polvo encuentro noticias curiosas, ó no conocidas hasta entonces ó por lo antiguas ya olvidadas. En mis investigaciones bibliográficas he descubierto unos apuntes, que refiriéndose á un monarca, bajo muchos aspectos célebre, no dejan de inspirar interés; ya como noticias históricas, y ya como una muestra clara de predestinacion y fatalismo.

El personaje á que me refiero es Cárlos V entre los emperadores germánicos, y primero entre nuestros reyes: los apuntes son como siguen:

Recien llegado el jóven príncipe de Alemania, para encargarse del gobierno que la enfermedad de su madre dejó en manos del gran Cisneros, á la muerte de don Fernando, concibió amores por una hermosa castellana, tan célebre por su hermosura como esclarecida por su sangre.

Era el nombre de esta señora, segun del manuscrito consta, doña Flor, y estaba casada con un conde, ilustre por su nacimiento y sus proezas, pero muy adelantado en años, cuando doña Flor á lo mas contaba diez y ocho primaveras.

El conocimiento del rey con dama de tanto atractivo, fué debido en parte á una casualidad feliz, y bastante propia al mismo tiempo para despertar un deseo con esperanzas de buen éxito.

Era aficionado don Cárlos á cabalgar sin comitiva, pues su carácter melancólico encontraba ricos encantos en la soledad de los bosques y en ese lenguaje simbólico con que la naturaleza habla á la imaginacion de los hombres.

En una tarde de verano salió el monarca de Toledo, sin mas comitiva que un paje, y sobre un ala

zan fogoso. Las risueñas márgenes del Tajo, á la sazon mas pintorescas por las copiosas alamedas que iban señalando su curso, entretuvieron á don Cárlos de tan agradable manera, que se alejó de la ciudad algunas millas sin hacer reparo en su marcha.

El sol poniente teñia apenas la frondosa copa del olmo, en la que cien jilgueros daban sus últimos cantos al dia, cuando se halló el rey de improviso junto á la avenida de un parque. Deseoso de conocer bien la frondosidad de aquel sitio, y no queriendo presentarse por temor de ser conocido, se echó á tierra de su caballo y entregando al paje las riendas, penetró por entre los álamos con su natural desenfado, y en su meditacion de costumbre.

Despues que se hubo internado algun trecho empezó á encontrar los jardines, y percibió á cierta distancia un edificio medio gótico, pero que á pesar de sus joyas y filigranas dejaba ver su orígen moderno.

Consideró algunos instantes aquella gran obra del hombre, entre las obras mil de una naturaleza fecunda, y comparó la rara mezcla de debilidad y de fuerzas que en unas y otra se notaba. Vió al edificio, mas permanente que la planta, desafiar los huracanes y las lluvias que lo habian de reducir á escombros, y vió las flores desaparecer al leve soplo de las brisas, para renacer entre el polvo en mil generaciones nuevas, conservar siempre sus colores, sus pétalos y sus perfumes.

Decidido siempre D. Cárlos á no dejarse conocer, siguió su rumbo al través de los bosquecillos, y de vez en cuando fijaba su atencion y su vista en una especie de templete, que en un paraje pintoresco y por entre copas de laureles descollaba. Estuvo tentado muchas veces á dirigirse hácia aquel sitio; mas el temor de ser descubierto le contuvo, hasta que ya un tanto de noche dirigió sus pasos hácia él, con el auxilio de las sombras.

Conforme se iba aproximando percibia los armoniosos sones de un arpa, que llevados por el ambiente, encontraban ecos en las grutas y consonancia en los arroyos.

Esta música inesperada avivó la curiosidad de don Cárlos, y á pocos momentos distinguió una dulce voz de mujer que cantaba esta triste endecha.

De amor las delicias el ave en el nido
Encuentra sin celos ni triste dolor;
Amores del áura recibe la flor
Mirando por ella su cáliz mecido.
Amor el arroyo con dulce gemido
En lecho de rosas le pide á la fuente,
Amor con su fuego me abrasa la mente
De amores, de amores, mi pecho está herido.

Antes de concluirse la estrofa habia llegado el rey al templete, y subiendo una escalinata de mármol sobre la que estaba levantado, pudo descubrir el interior por una de las ocho ventanas, que correspondian á sus lados, y que se encontraban abiertas.

El interior de este polígono era tambien de mármol blanco, tan bien pulimentado y terso que semejaba un grande espejo; cortinas de gasa color de rosa y suspendidas en ricos clavos estaban colocadas de modo que impidiendo los vivos rayos de un sol de canícula, dejaban penetrar la luz con los cambiantes del topacio. Unos sitiales de damasco del mismo color de las cortinas y recamados de oro puro servian de adornos y de asientos; y sobre una mesa de alabastro ardian tres velas en un candelabro de plata.

En vez de friso festoneaba la media naranja del templete una guirnalda de jazmines, y sobre jarrones de pórfido las azucenas y las rosas daban su esquisita fragancia.

Hácia el lado opuesto de aquel por donde habia llegado el rey, y muy próximo á una ventana, se hallaba la interesante doña Flor, reclinada sobre el sitial y preludiando sobre el arpa.

El retrato de esta señora, segun refiere el manuscrito, es si mal no recuerdo, el siguiente:

Doña Flor á los diez y ocho años, tenia una estatura mediana, pero bien formada y esbelta: su pié pequeño, del mismo modo que su mano, no dejaban que desear, así como el negro cabello que daba corona á su frente. Una tez morena y rosada sentaba bien á su conjunto, y sus labios frescos y rojos eran estímulo al deseo. De una imaginacion brillante y de un talento cultivado, hacia destellar uno y otro en las pupilas de sus ojos, que negras como el azabache compendiaban en sus miradas una historia de sentimientos y una vida llena de amor.

Estos ojos privilegiados, tan matadores y tan bellos segun nos refiere la crónica, tenian á la llegada del rey una vaguedad seductora, tan imposible de esplicarla como de no sentirla viéndolos. Reanimados al improviso, recorrió las cuerdas del arpa, y con una voz fuerte y pura cantó la estrofa que se sigue.

Sintiendo las aves el mágico ardor
Que anima de amores el seno á las aves:
Amando las flores las brisas suaves
Que roban perfumes del seno á la flor.
Si gime el arroyo con dulce rumor
Buscando á la fuente que amor le convida:
¿Por qué sin amores discurre mi vida
Y el pecho revienta buscando un amor?

Al terminar doña Flor su endecha arrojó el arpa con enojo, y levantándose de repente se dirigió hácia la ventana, en la que don Cárlos observaba con una rapidez tan grande, que antes de apercibirse el rey, habia desaparecido la pequeña parte de muro que dividia la escalinata del interior de la rotonda, pues el arquitecto que la formó quiso por singular capricho disimular asi la puerta, y se encontraba doña Flor en la misma grada que el príncipe.

Grande fué el susto de la dama, viéndose sorprendida en tal sitio por desconocida persona. Volvió apresurada al templete; pero el rey que habia fluctuado un solo instante entre alejarse ó permanecer, tomó el partido de apurar tan estraordinaria aventura: no desprovista de atractivos para un jóven algo romancesco y bizarro.

Ya decidido á terminarla, siguió rápidamente á la bella; y sin darla tiempo para que reflexionase un punto: la dijo con gran cortesía.

—Mucho siento, hermosa señora, haberos causado una sorpresa que no estuvo jamás en mi ánimo, y solicito humildemente el perdon de vuestra beldad.

No era la presencia de don Cárlos, jóven, muy bien ataviado, y buen mozo, nada alarmante para una bella que suspiraba por amor. Y así le contestó la dama con una faz algo severa, pero con un tono mas dulce.

—Estraño mucho, caballero, la libertad que habeis tomado para penetrar hasta aquí, y quisiera saber las causas que han motivado esta entrevista.

—Muy fácil me será, señora, satisfacer vuestro deseo: y quedareis bien persuadida de que una feliz casualidad me ha conducido á este templete. Recorriendo las frondosas márgenes del rio, me llamó la atencion vuestro parque y me decidí á pasear por él. Absorto por esos jardines de los que sois sin duda reina, descubrí este bosquecillo sagrado y codicié visitar el templo. Caminaba para lograrlo, cuando los preludios de un arpa multiplicaron mi deseo, y pocos momentos despues una voz dulce y argentina llegó hasta el fondo de mi alma. Oí la voz, hermosa señora, y magnetizado enteramente, no tuve ya voluntad propia, y me fijé como una estátua en la grada del santuario. Esta es la historia de mi crímen, y al mismo tiempo mi disculpa.

—Disculpado estais, caballero, mas permitid que me retire.

—No tengo derecho, señora, para detener vuestra marcha, pero si encontrais alguna cosa de providencial en esta entrevista, concededme algunos instantes, como señalada merced.

Doña Flor permaneció muda, y don Cárlos continuó con mas fuego.

—Cuando cantabais esas endechas estaba el alma en vuestros ojos, y no tenian las tristes notas ese colorido indiferente que á los cantares acompaña: cada aspiracion era un suspiro, y cada palabra una historia.

—Caballero; dijo doña Flor tiñéndose su faz de púrpura.

—Es en vano que disimuleis. El corazon tiene su idioma como los pájaros y las fuentes. La hermosa reina de las flores veia con envidia el puro amor de los arroyos, y echaba de menos en sí esa vida de toda vida: esa emanacion de los cielos. Vos que podríais reanimar cien mundos con una de vuestras miradas, vos que haríais arder á quien amáseis, como el Vesubio sus entrañas; vos tan jóven y tan hermosa no ser idolatrada de los hombres, de los querúbes y de los ángeles... Permitidme que no lo crea... ó mas bien dejadme estar en esta duda, que deja al menos la esperanza...

Desechadla: dijo doña Flor.

—Desecharla! Me es imposible. Podrá el ciego de nacimiento no suspirar por ver la luz; pero quien la goza un instante, no puede ya vivir sin ella; ó sin esperarla á lo menos. Yo con mi corazon de jóven no habia pensado en esas fuentes que se mezclan á los arroyos: en esas flores y esas brisas que se perfuman y se besan: en esas aves que se aman. Mi pensamiento encadenado en los abismos de mi sér, no conocia las relaciones de mil y mil séres simpáticos: vos habeis roto mi cadena, y mi alma vuela hácia la vuestra para no separarse jamás.

Era tan apasionado el acento; eran tan dulces las palabras, y estaban en tanta armonía con el corazon de la hermosa que se vió obligada á escucharlas contra su voluntad precisa. La negra pupila de la jóven destellaba con mas ardor; sus labios se inflamaban y enrojecian, y la palpitacion de su pecho revelaba toda la furia del incendio, como revelan las borrascas las negras olas de la mar, y el humo anuncia la erupcion próxima en los volcanes.

Sin fuerzas para proferir una frase, sin confianza para permanecer, y sin ánimo para alejarse, estaba doña Flor suspensa sobre los bórdes del abismo. Haciendo un esfuerzo terrible dió algunos pasos hácia afuera; pero don Cárlos la detuvo.

—Dejadme: esclamó estremeciéndose: no puedo permanecer aquí: es absolutamente imposible.

—Una promesa, dijo el rey. ¿Mañana al ocultarse el sol me esperareis en este sitio?

—Es imposible.

—Y á mí separarme de vos.

—Bien: mañana acudiré á este sitio. Pero dejadme por piedad.

—Permitid selle en vuestra mano...

—¡Oh!

—¿No condescendeis?

—Sí. Tomadla.

Al ir á besarla don Cárlos se destacó en el terso muro una sombra y doña Flor lanzó un gemido.

Volvió don Cárlos la cabeza y vió al conde que con continente tranquilo y ademan mesurado y grave se dirigió al jóven monarca.

El corazon del noble príncipe tan grande siempre en los peligros no se hubiera amedrentado ciertamente ante un enemigo furioso que le acometiese con la espada: pero la tranquilidad del conde tenia una magestad tan imponente, que permaneció mudo el rey.

—Señor, le dijo el noble anciano hincando en tierra su rodilla: en consideracion á mis canas y muchos pasados servicios ha de concederme mi rey...

—El rey: murmuró doña Flor.

—Cárlos de Austria: dijo con altivez el príncipe...

—V. M. ha de permitirme, continuó el conde, que le refiera algunos hechos, por los cuales ha venido á esa real cabeza la corona de las Españas.

Don Cárlos presentó un sitial á la dama, y tomando asiento en otro de ellos hizo seña al conde para que tambien se sentase. El anciano guardó su apostura y prosiguió de esta manera.

—No quiero recurrir á las crónicas para corroborar mi aserto, y así trataré solamente de los tiempos en que he vivido y de los reyes que he alcanzado. Para que ocupase vuestra abuela el alto trono de Castilla fue indispensable la muerte de su tierno hermano el niño infante don Alonso, la impotencia de don Enrique y la bastardía de su hija. Empuñó Fernando el Católico el rico cetro de Aragon por la muerte de su hermano Cárlos, y bajo el sólio de Navarra vió unidos tres paises en la española monarquía. Para que heredase vuestra madre las tres coronas, vió deshojarse en flor á sus hermanos: y sin la esterilidad de doña Germana, no reinaríais en ambas Castillas, habiendo perdido dos reinos.

Muchos mirarán estos cambios como sucesos naturales: pero yo, que miro un poder sobre los hombres y los astros, encuentro que su providencia incomprensible é infinita ha querido dar un gran reino

al heredero de los Césares, para encumbrarlo ciertamente á los mas gloriosos destinos.

Mucha gloria os cabrá, señor, en una esfera tan radiante; pero mucho trabajo tendreis para soportar tan gran carga. Sin tiempo para los placeres, tendreis que sacrificar al despacho de los mas importantes negocios las horas precisas del sueño: y feliz vos si tras los afanes conseguís mantener en paz vuestros reinos, sin faltar nunca á la justicia: y sin mancillar el honor...

—Basta, conde: interrumpió el rey con grandes muestras de bondad. Estáis entendido en un todo y no olvidaré vuestro consejo. La noche se adelanta mucho y se inquietarán mis criados. Las flores de tu hermoso Eden no han perdido jamás su aroma...

—Lo sé, señor; y lo agradezco.

—Adios, noble conde.

—Mis criados estarán prontos al momento.

—Es inútil. Me espera un paje junto al rio, y allí encontraré mi caballo. El rey de España, noble anciano, no ha pisado jamás tu quinta. Señora, os saluda Cárlos I.

—Besad la mano del monarca, doña Flor, dijo el conde.

El monarca tendió su mano, que tembló un poco junto á los labios de la hermosa: y se salió rápidamente.

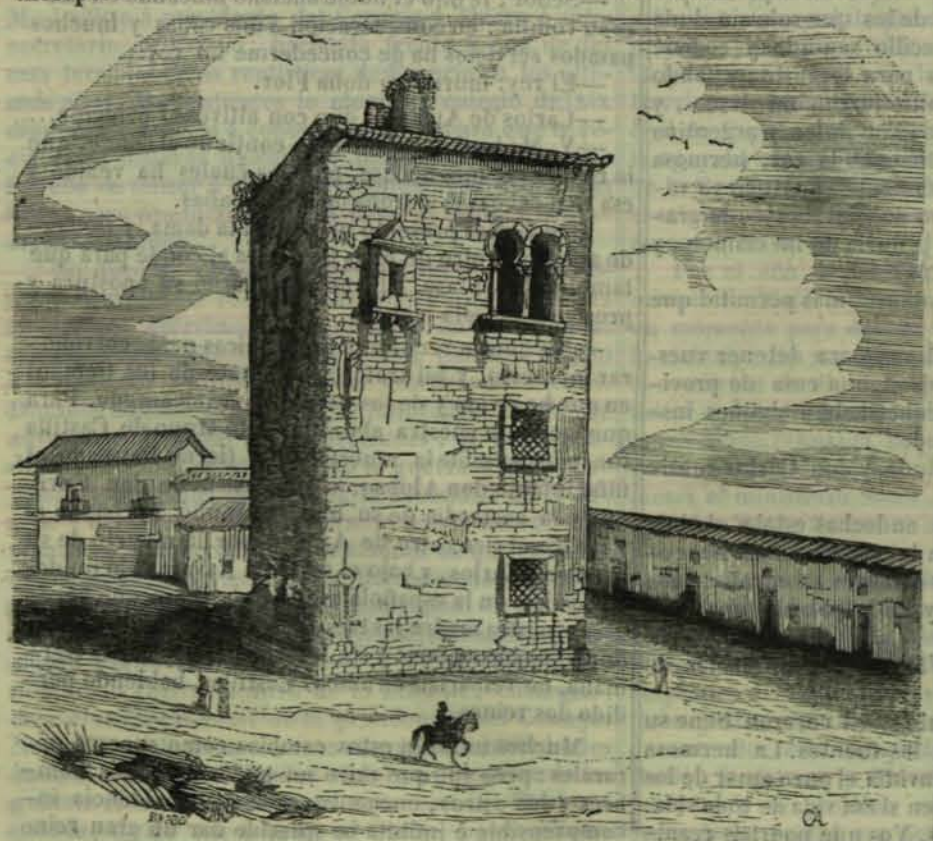
Aquí termina el manuscrito: añadiendo solo que en los campos de Villalar el conde de... Está algo roto el pergamino; á pesar de sus muchos años, se distinguió como valiente.

# CASTILLOS DE ESPAÑA.

*Castillo de Simancas.*—A dos leguas de Valladolid y á la márgen del Pisuerga, está situada la villa de Simancas. Durante el oprobioso reinado de Maurregato, siete doncellas de las ciento que este pagaba á los moros en tributo se mutilaron una mano, y este hecho dió nombre á la villa y forma el blason de sus armas. Ilustrólo Ramiro II con la famosa batalla de 934: permaneció el castillo siempre fiel á la corona durante las turbulencias del tiempo de Enrique IV

Castillo de Simancas.

y de los comuneros. Allí murió por órden del alcalde Ronquillo el obispo Acuña. Pertenecia á los Almirantes de Castilla, hasta que los reyes católicos lo incorporaron á la corona. Hoy es archivo general del reino.



Castillo del Carpio.

*Castillo del Carpio.*—A cinco leguas de Córdoba, en un cerro no muy elevado y á las márgenes del Guadalquivir, está situada la villa del Carpio. Data la construccion de su castillo del año 1325: su arquitecto fué moro: Felipe II erigió la villa en marquesado que poseen hoy los duques de Alba. En el palacio de la plaza hizo posada Felipe IV, dirigiéndose á Córdoba en 1621.

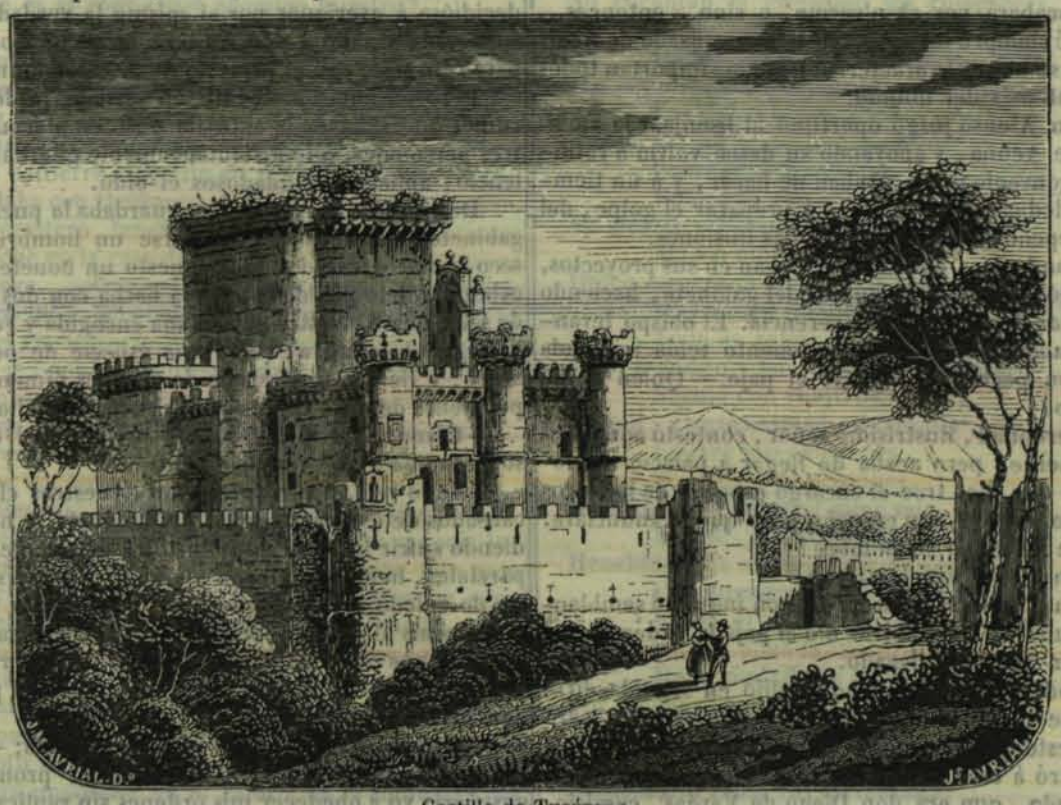
*Castillo de Bellver.*—Se halla situado dos millas al oeste de la ciudad de Palma de Mallorca; lo construyó el arquitecto Pedro Salvá por los años de 1263, de órden de don Jaime II. Su figura es elíptica, su construccion ingeniosa. Fué tomado por Pedro de Sot á nombre de Pedro IV de Aragon, usurpador de la corona de Jaime III: saqueáronle los comuneros en 1522. Allí estuvo preso

Castillo de Bellver.

el ilustre Jovellanos y fué arcabuceado el benemérito Lacy en la madrugada del 5 de julio de 1817. Por espacio de muchos siglos perteneció la castellanía de

Bellver al prior de la Cartuja de Valldemusa, hasta que en 1717 fué incorporada á la corona, si bien poseia despues el monasterio unas llaves del castillo y cincuenta libras anuales del patrimonio por razon del sueldo que debia percibir como castellano.

*Castillo de Turégano.*—Su fundacion se remonta al siglo XI: dista cinco leguas de Segovia: á la sazon sirve de parroquia: entre dos cubos, y en la parte que mira al pueblo, se halla la puerta entre dos enormes cubos: todo el castillo es de piedra, sus muros espesos, sus bóvedas bien construidas; coronan fuertes almenas y troneras en forma de cruz sus altas torres: son de notar sus dos escaleras de caracol, y sus magníficos y espaciosos aposentos. De la villa de Turégano hicieron donacion al obispo de Segovia la reina doña Urraca y su hijo don Alfonso en 1123.



Castillo de Turégano.

# LA CRUZ DE ORO.

## II.

## EL OBISPO DE ZAMORA.

Dos pajes colocados á la puerta de un gabinete y sujetando el cortinaje de damasco carmesí que cubria la entrada, disputaban el paso á un caballero que con invencible tenacidad pretendia pasar adelante sin aguardar el permiso de costumbre. Las voces de los tres contendientes hubieron de llegar al aposento inmediato porque sonó una campanilla, y entrando el mas jóven de los pajes á recibir las órdenes de su señor, salió á poco permitiendo al tenaz caballero franco y libre camino.

Apartó aquel las cortinas, que como hemos dicho cubrian la puerta, y echando á sus competidores una mirada de triunfo y de desden se introdujo inmediatamente.

Era este personaje don Alonso de Quiñones, hijo de ilustre cuna y poseedor de pingües mayorazgos y encarecidos privilegios; ambicioso desde su mas tierna edad: al llegar á los treinta años, el oro y la nobleza de su sangre le habian halagado hasta el punto de codiciarlo todo y de no satisfacerse con nada: inquieto, antojadizo, presuntuoso y sagaz para cuanto pudiera conducirle al logro de sus propósitos, encontró en las parcialidades, que por entonces se levantaban en Castilla, los medios mas seguros de engrandecerse y de reconquistar la antigua influencia y autoridad de sus abuelos. No será estraño, pues, que un hombre cuyo orgullo rayaba en lo increible se resistiese á cumplir en una antesala ciertas leyes que el decoro y la etiqueta prescriben, y que diese ademas una necia importancia al triunfo que habia obtenido sobre aquellos pajes.

El aposento en que acababa de penetrar tendria unas ocho varas en cuadro, y vestian sus paredes ricos tapices, en los cuales se dibujaban primorosamente sobre un fondo oscuro y se presentaban con admirable exactitud escenas del nacimiento de Jesucristo, de su predicacion en el desierto y de algunos otros pasajes de su vida. Colgaba del techo una magnífica lámpara de piedra, y cubria el suelo una alfombra tambien sembrada de caprichosos dibujos. En frente de la puerta y sobre un reclinatorio de ébano tachonado de plata, habia un crucifijo del mismo metal, á cuyos pies estaba abierto un breviario lleno de cintas de diversos colores: delante del reclinatorio veíase un almohadon de terciopelo negro con borlas de oro; mas allá, en uno de los ángulos del gabinete pendia de la pared una ancha y larga espada, y al mismo tiempo formaban monstruoso contraste un casco empavonado y algunos trozos de armaduras puestos sobre una mesa, al lado de una capa pluvial y una túnica religiosa que en ella habia. Por último, en el estremo del aposento y junto á una ventana, por cuyas pintadas vidrieras penetraban apenas los tibios rayos del sol, estaba reclinado en un ancho sillon de cuero un anciano de regular estatura, de ancha espalda y de robusta complexion, y que podria tener unos cincuenta y cinco á sesenta años. El peso de la edad no habia apagado aun la enérgica espresion de su fisonomía ni abatido la altivez de su espaciosa frente surcada por una gruesa vena que descendia hasta las pobladas cejas; brillaban sus ojos pequeños y redondos agitándose traviesos en sus órbitas y colorando las mejillas con el fuego de su vivacidad. La nariz sin ser larga en estremo se asemejaba á la del águila, desviándose del ancho labio superior que apenas se rozaba alguna vez con el inferior, grueso y caido hasta la barba. Las arrugas de su rostro en vez de debilitar su animacion la aumentaban con rasgos atrevidos, y la viveza de sus miradas contrastaba admirablemente con lo moreno de su tez y lo blanco de su cabello crespo y mal ordenado. Vestia un traje clerical de color morado en forma de sotana y ceñido con un cinturon de cordoban, cubria parte de su cabeza un *solideo* del mismo color, y su calzado era de terciopelo con hebillas de plata, brillando en su mano seca pero firme y segura un precioso diamante engastado en una sortija de oro.

Cuando hubo entrado el caballero en la habitacion saludó cortesmente al anciano, que levantándose con juvenil presteza y dando una fuerte puñada en uno de los brazos del sillon, esclamó con acento iracundo:

—No habeis tenido la cortesía de anunciar vuestra llegada?

—Su ilustrísima me perdonará, contestó don Alonso de Quiñones alargando su mano al obispo.

—Don Alonso!—esclamó este tendiéndole la suya al reconocerlo.—Tomad asiento... aproximad ese taburete y dispensad si me sorprende vuestra venida.

—No era en efecto fácil el preveerla, replicó el caballero sentándose al lado del obispo que habia vuelto á recostarse en su sillon.—Sin embargo, la fuerza de los acontecimientos me ha traido á Zamora...

—De dónde venís?

—De Valladolid, contestó Quiñones: mi presencia ha sido en aquel pueblo necesaria, y puedo aseguraros que no dejará de producir el resultado que apetezco.

—Luego son ciertas las noticias que tengo de vuestra adhesion á la causa que Toledo proclama?

—Podeis dudarlo? Las ofensas que mi casa y mi persona han recibido de los ministros del monarca, el desprecio con que se me ha negado la jurisdiccion absoluta de mis tierras me obligan á contribuir al engrandecimiento de la comunidad y á ayudarla con todas mis fuerzas. Hace tiempo que en estos reinos se posponen nuestros privilegios á la conveniencia de los villanos, y es preciso rescatar nuestro poder aunque tengamos que valernos de los mismos á quienes aborrecemos; el fin es lo importante, los medios nada significan, y si llega el dia de la venganza... Pero vos no aprobareis sin duda toda la fuerza de mi enojo.... la mansedumbre del Evangelio condena estas demostraciones, y mis palabras naturalmente amedrentarán vuestros oidos.

—Amedrentarlos!-repitió con vehemencia el obispo apretando convulsivamente sus manos en los brazos del sillon.—Vive Dios, Quiñones, que, ó no me conoceis, ó me estais injuriando.

—Cómo!

—Mirad—prosiguió el anciano, señalando á la vez á la espada que de la pared pendia y á la armadura que habia sobre la mesa.—Veis aquel acero y aquel casco? Aun puede don Antonio de Acuña llevar el uno y el otro sin que su brazo ni su cabeza se humille con el peso. Probad, esclamó levantándose de repente y asiendo en su mano derecha la espada con la arrogancia y la ligereza de un jóven; probad si la vuestra tiene mejor temple que la mia y ved si mi corazon ha envejecido con las arrugas de mi frente!

Don Alonso no pudo disimular su sorpresa; frunció las cejas y aprovechóse de una idea que le ocurrió en aquel momento.

El obispo entretanto, cediendo á un impulso natural é irresistible, blandió la espada con presteza y habilidad estraordinarias, y en seguida la dejó con desden sobre la mesa. El caballero se lèvantó de su asiento y se acercó á don Antonio de Acuña.

—Zamora, le dijo, se ha levantado por la comunidad y vos no sois su jefe?

—Quién os lo ha dicho? contestó el anciano bruscamente.

—Me lo asegura el veros encerrado en vuestra casa.

—Yo no sé todavía, ni por ahora me importa, la razon en que Toledo funda sus pretensiones, pero sé que mi mortal enemigo es tambien su contrario y que aspira á dominar en esta ciudad como absoluto dueño con desdoro de mi persona y de mi nombre: considerad, pues, á vos os impulsan motivos muy semejantes, la posicion en que me habré colocado; ademas, creeis tan fácil que cuando Castilla se conmueve al ruido de las armas y se prepara al combate no hierva la sangre que por mis venas circula? Don Alonso, os lo repito, ó no me conoceis ó me habeis injuriado.

—Si no os conociera, no habria venido á veros con el vivo deseo que mostré hace poco; pero aunque contaba con vos, confieso que no esperé hallar un guerrero donde buscaba un prelado. Sin embargo, yo me felicito de mi error, y desde luego os ofrezco mi apoyo si á mi vez puedo contar con el vuestro; unámonos en esta santa empresa y dispongámonos á combatir al conde de Alba vuestro encarnizado enemigo, porque en tanto permanezca en esta ciudad, la causa de las comunidades, si bien ya proclamada en ella, se estrellará al fin en el poder del conde y de sus parciales.

—Oh! dijo el obispo con mal disimulada ira.—Si

estos menguados de Zamora que vienen de contínuo á victorearme al pié de esa ventana, no volviesen las espaldas á los escuderos de mi contrario, yo os juro por quien soy, que presto habian de verle fuera de estos muros.

El prelado paseaba con visibles muestras de agitacion de un estremo á otro de su aposento; y don Alonso de pié, inmóvil y fijos los ojos en el suelo meditaba la mejor manera de indicar á don Antonio sus intenciones: al fin se decidió á ello.

—Si yo os propusiese, dijo, los medios para conseguir lo que tanto deseais, podria á mi vez contar con vuestra decidida proteccion?

Acuña le miró sorprendido; pero pasado el primer momento esclamó con amargura.

—No hay en la actualidad medios de vencer á ese hombre, y si no nos prestan su apoyo los procuradores que en Avila se han reunido...

—Escuchadme, prosiguió don Alonso. Quién negará que un arranque de osadía puede por sí solo darnos el triunfo? Veamos: con cuánta gente contais para intentarlo?

—Vive el cielo, respondió el obispo, que fuera de los clérigos de mi diócesis no he podido reunir cien hombres capaces de hacer frente al peligro. Pero tambien os aseguro que esos clérigos manejan la espada como soldados viejos, y que á ser su número mayor...

—No importa, añadió Quiñones; se trata de verificar una sorpresa y solo necesitaremos que el pueblo nos ayude un poco: para inflamar su valor no hay cosa como el oro, y ese yo os lo facilito: ved aquí, continuó sacando dos grandes bolsillos llenos de escudos; aprovechemos su entusiasmo, encendamos su ira, y esta misma mañana ataquemos la casa del conde y hagámonos dueños de Zamora.

Los ojos del prelado brillaban de placer al escuchar estas palabras.

—Y qué condiciones... vos me las habeis impuesto —le dijo con impaciencia á don Alonso,—sepamos lo que exigís de mi parte.

—Voy á decíroslo. No sois vos únicamente el que aborrece al conde de Alba: yo mas que nadie le detesto y deseo vengarme de él porque me roba la felicidad de toda mi vida.

—El conde?

—Sí, yo adoro hace mucho tiempo á su hija sin haber podido obtener...

—Qué decís? esclamó el anciano secamente.

—Hallais en esto motivos para culparme? Entonces nada he dicho, y mi venida ha sido inútil.

—Continuad, voto á vuestros eternos circunloquios, prorumpió don Antonio que temia perder la ocasion que don Alonso le presentaba.

—Pues bien, yo amaba á su hija... yo la amo con todo el fuego de que mi alma es capaz; en vano sus desdenes bastaron á hacerme renunciar á mi esperanza, y un dia, en fin, se la pedí á su padre por esposa... el conde apenas se dignó contestarme que nuestro enlace era imposible, y que ya tenia empeñada su palabra con otro. Figuraos lo que desde entonces habré sufrido: siguiendo constantemente los pasos de Isabel, por dó quiera, en todas partes he encontrado obstáculos á mi cariño; y ella misma en fin, manifestándome su desvio ha derramado en mi corazon toda la ponzoña de los celos y del agravio. Ya no me queda mas que un recurso, ya no hay otro medio mas que alcanzar por fuerza lo que mis ruegos no han conseguido, y alcanzarlo al punto, hoy mismo si es posible; porque á estas horas se dispone su casamiento con un hombre á quien no conozco, y este casamiento no ha de verificarse por mi vida! Comprendeis ahora nuestro pacto? Para vos el triunfo y los despojos, para mí la mano de Isabel. Nuestro acero nos abrirá el camino, y despues del vencimiento...

—Despues... continuó el obispo Acuña apretando entre las suyas las manos de don Alonso y desencajando sus pequeños ojos con un gozo y un entusiasmo imponderables.

—Despues tengo yo que conquistar otro bien supremo, otro objeto constante de mis deseos... tengo en fin...—y bajó la voz—que sentarme en la silla arzobispal de Toledo.

—Cómo! Ignorais lo grande y difícil de esa empresa?

—Mi voluntad no ha conocido nunca obstáculos.

—Hallareis vuestro camino cubierto de abrojos.

—El filo de mi espada cortará la maleza.

—Roma os lanzará sus rayos.

—Vienen de muy lejos para que puedan quemarme.—Ademas, añadió el anciano casi arrepentido de sus palabras y dando á las siguientes cierto aire de hipocresía mal fingida.

—Yo deseo mantener, al aspirar al sólio Toledano, el decoro y las prerogativas de la iglesia gravemente ultrajadas por un necio prelado estranjero: el papa acabará por absolverme, y sino... entonces... yo haré siempre mi voluntad—dijo cansado de fingir contra su natural carácter.—Poco me importan todos los anatemas del mundo.

Don Alonso juzgó oportuno el lisonjear la ambicion de Acúña, y apoyando su deseo volvió á ratificar el convenio que acababan de hacer, y á un tiempo se dedicaron entrambos á preparar el golpe, del cual dependian tantas y tan bellas ilusiones.

Cuando mas embebidos estaban en sus proyectos, apareció un paje á la puerta del gabinete, haciendo al entrar una profunda reverencia. El obispo levantó la cabeza que en aquel momento tenia inclinada sobre su pecho y preguntó al paje.—Quién te há llamado?

—Perdonad, ilustrísimo señor, contestó aquel humildemente, pero acaba de llegar á palacio un forastero que dice trae el encargo especial de hablaros y me ha instado con empeño para que le anunciára.

—Te ha dicho su nombre?

—No, señor excelentísimo.

Don Alonso se puso en pié con inquieto semblante; Acuña sin apercibirlo dió al paje la órden de introducir al recien llegado.

—Podeis permanecer aquí, dijo en seguida dirigiéndose á don Alonso. Ya no tengo secretos para vos puesto que nos hemos entendido.

Entró á este tiempo en el gabinete el personaje anunciado, que era don Diego de Vargas, comisionado por los comuneros para traer un mensaje á don Antonio de Acuña. Venia el jóven con la agitacion y la impaciencia pintadas en su semblante, y tuvo que hacer un esfuerzo sobre sí mismo para dirigir estas palabras al anciano despues de saludar cortesmente.

—Disimulad si por acaso vengo á interrumpir horas consagradas por vos á mas pacíficas ocupaciones; pero debo entregar en vuestras manos este pliego que os envia don Juan de Padilla, y me encargó él mismo muy expresamente lo hiciese con la mayor prontitud posible.

Diciendo esto alargó al obispo un pliego cerrado que en la mano traia.

—No os habreis detenido en el camino siquiera para descansar un poco... dijo don Alonso á don Diego con afectada ingenuidad.—Segun veo venís muy fatigado.

—En efecto... contestó el jóven balbuciente y confuso.

Acuña tenia fija su vista en aquel pliego, cuyo contenido parecia causarle suma satisfaccion. Don Alonso no apartaba sus ojos del mancebo, y este entregado á una sola idea, permaneció de pié cabizbajo y pensativo.

—Con que sois, dijo el obispo al jóven concluyendo su lectura, capitan de los soldados de Padilla! Bien me demuestra en su carta la estimacion en que tiene vuestro valor y vuestra nobleza.

Don Diego se inclinó respetuosamente.

—Mucho me alegro de conoceros, continuó el anciano, y solo siento que no hayais venido al frente de los vuestros para acometer con vuestro apoyo la empresa que meditamos; pero ya me dice Padilla que desgraciadamente tiene que permanecer con sus tropas en las inmediaciones de Segovia para contrarestar al licenciado Ronquillo, y conozco sería muy expuesto que dejase la posicion militar que ocupa. En cambio me participa buenas nuevas; me refiere el alzamiento de varias ciudades, y me exhorta á combatir á cuantos aquí se opongan á la comunidad. Espero que podreis comunicarle grandes sucesos á vuestro regreso á su campo, y os invito á tomar parte en ellos: este caballero que teneis delante de vos, y cuya fortuna y rango ennoblece nuestra causa, es de los primeros que han de ayudarme, y este motivo me impele á dároslo á conocer como uno de los mas distinguidos campeones de los derechos que intentamos.

—Yo me felicito de saberlo y le ofrezco mi amistad,—dijo el jóven dando su mano á don Alonso, que á su vez le hizo el cumplido de costumbre.

En medio de estas recíprocas demostraciones, don Diego estaba sufriendo los mas crueles martirios, precisado á detenerse en aquel sitio cuando aun no tenia noticia alguna de Isabel, y cuando la funesta nueva del proyectado enlace habia despertado en su alma crueles sospechas y confusos temores. Al fin decidióse á averiguar por sí mismo la verdad de su situacion, y pidió á don Antonio de Acuña permiso para retirarse, con el pretesto de descansar un poco.

Pero en aquel momento un sordo y prolongado rumor que salia de la antesala puso en alarma á los tres personajes, que instantáneamente guardaron silencio, aplicando cuidadosos el oido.

Descorrióse la cortina que guardaba la puerta del gabinete, y entró sin anunciarse un hombre alto, seco y mal encarado: traia puesto un bonete en la cabeza, sujeto por debajo de la barba con dos cintas de seda negra; vestia una sotana encogida y remangada por la cintura; ceñia una especie de peto de acero, y llevaba una espada de grandes dimensiones pendiente de unas correas de baqueta amarilla.

—Cómo!... Gutierre!... le preguntó el obispo sorprendido: qué significa esto?

—Ya lo veis, ilustrísimo señor, vuestros clérigos cansados de esperar la señal del combate, y no pudiendo sufrir los contínuos insultos del conde y sus parciales, han determinado marchar á reunirse con los de Toledo si hoy mismo no os poneis á su frente y derrocais al comun enemigo: yo vengo encargado con algunos otros de participaros su heróica resolucion y de llevar en el acto vuestra respuesta al paraje donde se hallan reunidos.

—Marcharse sin su jefe! exclamó Acuña;—por ventura dudan de mí? Si tal supiera, pronto les enseñaria yo á obedecer mis órdenes sin replicar una sola palabra.

—El pueblo asimismo desea veros á su cabeza,—replicó Gutierre.

—Para abandonarme al primer empuje de los escuderos del conde?—dijo el obispo con tono despreciativo:—Oh! lo que es este pueblo sabe entusiasmarse muy fácilmente, pero combatir...

—Señor, añadió Gutierre, nuestros contrarios acaban de incendiar las mieses del cabildo, han apaleado en medio de la plaza á un niño de coro, y han gritado muera don Antonio de Acuña. Estos excesos han tenido lugar esta mañana, y ya no hay ni puede haber sufrimiento posible.

—Quieren mi muerte! exclamó el anciano:—Oh!—lo veremos, señores mios. Dices que mis clérigos me aguardan?

—Ocultos en la catedral os están esperando.

—Don Alonso capitan, dijo el obispo dirigiéndose á la vez á Quiñones y á don Diego con animado semblante; ya veis como ellos son los primeros en provocar la lucha; quieren verme en la palestra; desean mi derrota, y me insultan á cada paso; ¿pensais que puedo permanecer tranquilo á la vista de sus desafueros? No, vive Dios; ya es llegada la hora de devolver ultrajes por ultrajes; ya es preciso que la suerte decida de quiénes han de vencer ó ser vencidos. Puedo contar con vuestra ayuda, señores? Un golpe de mano, y del mas feliz sea la victoria.

—Vuestra es mi espada—contestó don Alonso.

—Disponed de mi persona, dijo don Diego.

—Oh! exclamó el obispo rebozando de placer:—aquesos miserables no me conocen todavía! presto han de ver de lo que soy capaz.—Ola! mis pajes!

Estos se presentaron inmediatamente.

—Ceñidme la espada, calzadme las espuelas, les gritó don Antonio con impaciencia;—haced que ensillen el mejor caballo, y apresuraos!... ah! este traje me embaraza, me fatiga... añadió recogiéndose hasta la cintura la ropa talar que vestia;—el casco y la armadura se hicieron solo para mí!

Los pajes ayudaban al anciano á ponerse sobre su propio vestido una finísima cota de malla, y el prelado olvidando completamente su carácter de humildad, votaba y reñia como un arcabucero.

—Don Alonso, dijo dirigiéndose á este cuando se hubo concluido de armar.—Por lo que hace al conde de Alba, ya sabeis que yo solo he de habérmelas con él; así, pues, confio en que no querreis

disputarme la gran gloria de humillar su vanidad.

—A mi vez pido, repuso Gutierre, que se me conceda una parte de los escudos que debe tener ese caballero flamenco que se hospeda en casa del conde, y que sin duda alguna los ha adquirido á costa de estos reinos.

—Cómo! exclamó don Diego aterrado; se trata de atacar al conde de Alba?

—Esta misma noche, contestó el obispo; ignorais que es el mas cruel enemigo nuestro?

—Y la señal del ataque será prender fuego á su casa por varios parajes, añadió Gutierre.

Don Alonso observaba con ojos de lince la impresion que producian en el jóven estas noticias: impresion que se aumentó considerablemente al acercársele Gutierre y decirle en voz baja mientras Acuña hablaba con Quiñones.—Y aun no sabeis lo mejor, señor forastero, tenemos proyectado el introducirnos esta noche en la casa del conde, y antes que empiece la refriega... —me entendeis? Lo esencial es quitarle de en medio... El obispo lo ignora, porque como su deseo es encontrarse con su enemigo cara á cara, de seguro se opondria á nuestro plan; pero á no dudarlo, es el mas acertado, pues el conde tiene mas osadía de lo que parece, y una vez al frente de los suyos...

—Pero eso es horrible! dijo don Diego estremeciéndose de terror é indignacion.

—Silencio! murmuró Gutierre; — está decidido, y ¡ay del que nos descubra!... Ya sé que vos sois incapaz de vender una confianza que os hago solo para inspiraros seguridad en esta jornada; ademas, seria inútil el oponerse á lo que todos han resuelto.

Don Diego calló, y se dispuso á probar á Gutierre lo contrario.

—No hay otro medio, le decia al mismo tiempo don Alonso al obispo recatándose de ser oido. — Si no adopto la resolucion de que os he hablado, despues será imposible en el calor y en la confusion del combate...

—Bien, bien, contestó Acuña; haced lo que gusteis. El diablo os inspiró tales amores en circunstancias como estas.

El sordo rumor que antes resonó en la antesala volvió á agitarse de nuevo.

—Sin duda mis compañeros se impacientan, dijo Gutierre al obispo, y es fuerza que su ilustrísima nos siga: en la catedral, y al frente de vuestros leales clérigos, podreis mejor que aquí disponerlo todo.

—Tienes razon, respondió el anciano. Don Alonso, allí os espero, despachad cuanto antes ese condiablado asunto y corred en seguida á nuestro encuentro. Vos, señor don Diego, podeis descansar de vuestro viaje hasta que el sol se ponga; pero no olvideis que al empezar la noche nos llama un deber sagrado, y que ademas quiero que conteis á vuestro jefe el modo con que habeis visto conducirse en un combate á don Antonio de Acuña. Vamos, Gutierre: señores, hasta luego.

Don Alonso y el jóven hicieron un reverente saludo al prelado, y este seguido de Gutierre y de los dos pajes salió del aposento.

Al verle armado de pies á cabeza los clérigos que en la antesala le aguardaban, y al notar el paso firme y ademan guerrero del anciano, prorumpieron en una entusiasmada gritería, que se aumentó con frenesí cuando ya en la puerta del palacio montó el obispo en un hermoso caballo tordo de alto porte y sin igual fiereza, mostrando á los continuos botes del soberbio alazan la fuerza y la maestría del mas aventajado ginete.

A las voces de los que á don Antonio de Acuña acompañaban se abrieron ventanas y balcones, y desde ellos le saludaban con pañuelos y vítores hombres, mujeres y niños, sin contar la inmensa muchedumbre que ya en la calle le rodeaba, y que le siguió con descompasadas aclamaciones y contínuos aplausos hasta las mismas puertas de la catedral.

*(Se continuará.)*

## A LAS CAMPANAS.

Seguid, voces del cielo,
Seguid llenando el viento de armonía
Con vuestro son de duelo;
Ya de la sombra el velo
Mancha y envuelve el resplandor del dia.
Ya de la selva umbrosa
No encantan la estension los ruiseñores,
Ni su capa anchurosa
Ondea áurea y pomposa,
Tintas en luz sus purpurantes flores.
Las nubes sonrosadas
Visten del sol la portentosa frente;
Sobre él atropelladas
Poblando van caliadas
Su alcázar soberano de Occidente.
Manso murmura el rio,
Dulce susurra el perfumado viento,
Duerme el campo sombrío;
Todo es calma el vacío,
Todo asombro y pavor el pensamiento.
Seguid con vuestros sones;
Seguid, y entusiasmad mi fantasía,
Callaré mis canciones,
Y, rotas sus prisiones,
Daré campo y solaz al alma mia.
Seguid, voces del cielo;
Henchidme de esperanza y de ventura
Con vuestro son de duelo;
Entre el nocturno velo,
Halagad de mi alma la tristura.
De la ciudad me alejo
Por escuchar no mas vuestra armonía.
Y, al último reflejo
Del sol poniente, dejo
Remontarse hasta vos mi fantasía.
Os oigo en el altura,
Y el mortal corazon se me estremece;
Me asiento en la llanura,
Y, con honda pavura,
Vuestro sublime son se desvanece.
Mucho decís al alma;
Mucho el alma os comprende, voces mias!
¡Oh! si en tan dulce calma
Se adormeciese el alma
Hasta el postrer momento de mis dias!
¡Oh deleitables sones!
Seguid poblando con tan ronco ruido
Del viento las regiones;
Callaré mis canciones
Y de mis penas ahogaré el gemido.
¡Oh! que el dolor oprime
Del pobre vate el congojado pecho!
¡Ay del que ansioso gime
Mientras, dó el paso imprime,
Le abre un abismo á su descanso lecho!
¡Ay del que aislado llora
Alzando, en su pesar, tristes cantares,
Sin que, al brillar la aurora,
Su luz consoladora
Disipe, con la sombra, sus pesares!
¡Ay del que así suspira!
¡Ay del que, treguas demandando al cielo,
En soledad delira!
Él las tinieblas mira.....
¡Y es mas profundo su incesante duelo!
Sonad, sonad, campanas;
Adormeced con vuestro son mis penas;
Huyan al sol livianas,
Cual las ráfagas vanas,
Cual las del rio azul ondas serenas.
Cuando en el alto cielo
Fijo los ojos y asombrado escucho
Vuestro clamor de duelo,
Un singular consuelo
Templa el afan con que en el alma lucho.
Cuando la limpia aurora
Por los aires se tiende y desparrama
Con vuestra voz sonora,
No el mal que me devora
Su eco inmortal sobrepujando clama.
Cuando á la mar desciende
El ancho sol por los espacios rojos
Que con su lumbre enciende
Vuestro son ronco hiende.....
Y óyele y tiembla el corazon de hinojos!
El alma se levanta
En alas de su amor sobre los vientos
Y hasta Dios se adelanta,
Y ni su faz le espanta,
Ni le espantan los grandes firmamentos.
Sonad, campanas mias,
Sonad, yo os quiero oir, sonad, campanas;
Con vuestro acento, pías
Huirán estas sombrías
Penas, que el corazon rompen insanas.
Seguid, sacros acentos,
Henchidme de esperanza y de ventura,
Ensordeced los vientos.....
Y ellos alcen violentos.....
La noche pertinaz de mi amargura!

Oid, hombres de tierra!
¡Gentes sin corazon, almas mundanas!
La noche en torno cierra
Al rudo son que aterra
De torrentes, de vientos y campanas.
Dios canta en el altura
Con la voz de los roncos vendavales;
Doblad la frente impura
Que ya, en monte y llanura,
Resuenan sus acentos inmortales.

FRANCISCO ZEA.

## Sucesos contemporáneos y Revista Teatral.

Sigue visitando la reina Victoria en compañía de los reyes belgas la Alemania y se detiene en la modesta córte del príncipe Alberto, su esposo: debe volver á la gran Bretaña por Francfort y Amberes sin pisar el territorio de Francia como se habia anunciado hace largo tiempo. Ibrahim Bajá, sucesor inmediato de Mehemet-Alí, ha debido llegar á la Toscana con el objeto de tomar baños: piensa pasar el invierno bajo tan suave clima y visitar á París y Londres por la primavera, regresando luego por Gibraltar á Egipto. Sigue el duque de Montpensier su viaje por Oriente: Luis Felipe se dispone a abandonar el palacio de Eu. M. Guizot ha vuelto á sus contínuas tareas: los duques de Nemours y de Aumale aplauden en Pamplona nuestras fiestas nacionales. M. Thiers admira nuestro museo de pinturas, y á pesar de los malos informes de uno de nuestros colegas, halla en los salones del marqués de Miraflores una sociedad escogida donde puede departir á su sabor de los asuntos de Europa, por mas que no le traiga á España ninguna negociacion diplomática, y sí el laudable deseo de estudiar sobre el terreno y *d' apres nature* los grandes acontecimientos ocurridos de 1808 á 1814. En el banquete con que le obsequió el marqués de Miraflores tuvo ocasion de conocer al venerabilísimo Castaños, monumento vivo de una de nuestras mas altas glorias.

Aun no dan grandes señales de vida los teatros. Se han repetido en el Circo *I Lombardi* y la *Parisina* sin llamar numerosa concurrencia. En el teatro del Príncipe se pondrá en escena dentro de breves dias el drama original del señor Fernandez Guerra, cuyo título es: *Alonso Cano*. En la noche del 22 se representará *La Conjuracion de Venecia*: nos parece acertada la repeticion de un drama recibido con universales aplausos y olvidado hace algun tiempo.

Ya se han reunido en Madrid los principales artistas de la compañía lírica del teatro de la Cruz: Guasco, Mirate, Ferri han llegado sucesivamente de Italia: la Bertolini de Cádiz: Salas debe volver de Pamplona dentro de breves dias: Moriani no vendrá de Londres hasta mediados de octubre. Debian haber empezado las funciones el lunes 8 de setiembre: tres dias despues se ha vuelto á cantar con buen éxito *Il Giuramento*.

Han empezado de nuevo las funciones del Liceo con la representacion de la hermosa comedia de Calderon de la Barca, titulada: *Una casa con dos puertas*. El jueves próximo habrá un concierto en el que tomarán parte casi todas las señoras que componen la seccion de música. Sigue ocupándose con grande ac-

tividad la seccion de literatura de los trabajos preliminares de la publicacion de nuestro teatro antiguo. El plan de la publicacion se reduce á repartir por lo menos una comedia cada semana, con la seguridad de distribuirlas mas amenudo en lo sucesivo. Como ya hemos dicho en otros números de nuestro periódico; á la coleccion de nuestros poetas dramáticos dará principio el teatro de Lope de Vega, y á fin de seguir en la publicacion cierto método, se ha calculado como preferible atenerse al órden alfabético de los títulos de las comedias. A cada una de ellas acompañará un breve juicio, escrito por el socio á quien corresponda, y discutido y aprobado en la seccion de literatura con el objeto de que haya unidad en el trabajo y de que la publicacion lleve el sello de una corporacion literaria, y no sea un mosáico de juicios diferentes é inconexos. El señor Hartzenbusch está encargado de escribir el prospecto, y forma parte de la comision que debe redactar la vida de Lope, y á la cual pertenecen tambien los señores don Agustin Durán y don Gerónimo de la Escosura.

Se ha publicado el cuarto número del *Siglo pintoresco*: sus grabados en madera pueden competir con las mejores ilustraciones estranjeras.

# ANUNCIOS.


## ESCENAS MATRITENSES

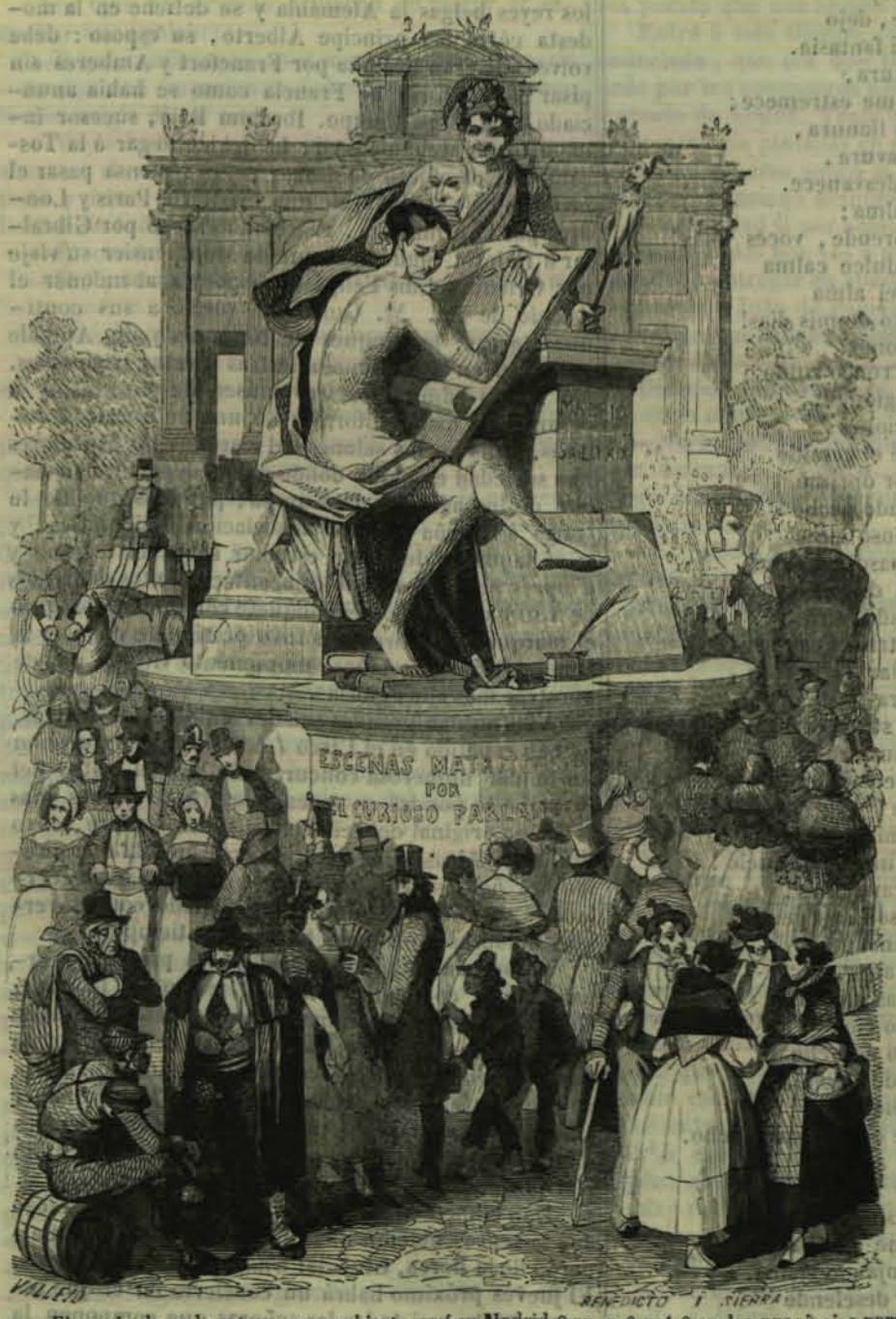
POR

**EL CURIOSO PARLANTE,**

(D. Ramon de Mesonero Romanos).

**CUARTA EDICION.**

Corregida y aumentada por el autor, é ilustrada con grabados.




El precio de cada entrega con cubierta será en Madrid 2 rs. y 2 y 1/2 en las provincias para los suscritores á cualquiera de las demas publicaciones del Editor Don Ignacio Boix; y 3 y 3 1/2 para los que no lo sean.

## NUEVA SUSCRICION.

## PANLÉXICO.

Habiéndose concluido una gran parte de los primeros cuadernos de los tres diccionarios publicados, se ha procedido á la reimpresion, y al efecto se abre nueva suscricion la que será sumamente económica para que puedan adquirirla todas las clases de la sociedad.

Se ha repartido la octava entrega de la segunda edicion.

## DERECHO

## POLITICO GENERAL ESPAÑOL Y EUROPEO,

POR

**D. JUAN MIGUEL DE LOS RIOS.**

doctor y catedrático de término de jurisprudencia de las universidades de Madrid y Salamanca.

**El primer tomo está de venta en la librería de don Ignacio Boix, calle de Carretas, núm. 8, á donde podrán acudir los suscritores para recogerlo. El segundo está en prensa y se repartirá á la mayor brevedad.**

## TRATADO LEGAL

SOBRE LAS

**LETRAS DE CAMBIO,**

**LIBRANZAS, VALES, PAGARÉS,**

BILLETES Á LA ÓRDEN Y CARTAS ÓRDENES DE CRÉDITO,

con arreglo á la legislacion actual de España.

**A que acompañarán los modelos de todos estos documentos de giro y de las demandas y procedimientos judiciales á que pueden dar lugar, con un apéndice que contiene la legislacion vigente sobre la materia en todas las naciones de Europa.**

POR

**DON RUPERTO NAVARRO ZAMORANO.**

*Abogado del ilustre colegio de Madrid.*

**Un tomo en 8.° francés de cerca de 600 páginas.**

Se halla de venta en Madrid, librería de su editor don Ignacio Boix, calle de Carretas, número 8, á 48 rs en rústica, y 54 en pasta.


DIRECTOR Y EDITOR D. ANTONIO FERRER DEL RIO.

Impreso en las prensas mecánicas de D. Ignacio Boix.

CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS · SEMINARIO BIBLIOGRAFICO DEL SIGLO XIX